

# La increíble desaparición de la Amazonia

¿Pero aumenta o disminuye la tasa de deforestación?

Por Tim Hirsch



**L**as noticias que proceden de la Amazonia nunca son buenas. Las historias sobre la deforestación de la selva tropical emplean comparaciones con estados federales de EE UU o países del mundo: desde 1970, un área de selva tropical mayor que la suma de España y Portugal ha sido destruida; en el peor año de la deforestación, 1995, una área equivalente a Bélgica sucumbió a las motosierras y a los incendios.

Además de enfatizar las enormes dimensiones de la mayor selva tropical del mundo (incluso la pérdida de más de 600.000 km<sup>2</sup> deja más del 80% del bosque intacto), estas comparaciones no son muy útiles para ayudar a juzgar lo qué realmente ocurre en la Amazonia. Lo que importa a la mayoría de las per-

sonas es si la deforestación está bajo control, o si este ecosistema magnífico está condenado a una destrucción despiadada, con todas las implicancias para los millones de especies únicas que alberga, para la supervivencia de las precarias culturas indígenas y para el clima mundial.

Una manera de responder a esta pregunta es ver las tendencias a lo largo del tiempo. Y aquí las noticias de los últimos años dan un rayo de esperanza (ver el gráfico). Las cifras de deforestación anuales de la Amazonia brasileña revelan una caída en la tasa de deforestación en los tres últimos años. Después de llegar a un máximo de más de 27.000 kilómetros cuadrados en 2004, cayeron a “sólo” 11.000 kilómetros cuadrados en el periodo usado para estos propósitos, entre el 1



© Ricardo Funari/BrazilPhotos.com

**TALA:** un árbol de Sumauma caído con destino al mercado de madera.

de agosto de 2006 y el 1 de agosto de 2007, a partir del análisis de las fotos de satélite.

Esa cifra todavía representa la pérdida anual de un área de bosque más grande que Líbano, pero supone una reducción del 60 por ciento en la tasa de deforestación. Las cifras del año pasado fueron las más bajas desde comienzos de los noventa, por lo que no es sorprendente que el gobierno brasileño las use como pruebas del éxito de las medidas contra la deforestación aplicadas por la administración del presidente Luiz Inácio Lula da Silva.

La tendencia a la baja en la deforestación cobra una importancia adicional tras la conferencia del clima de Bali en diciembre 2007. Una de las decisiones fue lanzar un proceso para crear incentivos financieros a los países en desarrollo para que protejan sus bosques, en reconocimiento al hecho de que el 20% de las emisiones de gases de invernadero se debe a la deforestación. La mayor o menor pérdida de selva tropical, en otras palabras, puede tener importantes implicaciones para los ingresos de Brasil en los años venideros.

Así que cualquier sugerencia de que la tendencia de destrucción de la Amazonia vuelve a aumentar, es políticamente explosiva. Y fue precisamente una bomba la que dejó caer la Agencia Nacional Brasileña de Investigación Espacial (INPE) en enero de este año.

## Datos de los satélites

Para comprender la trascendencia de los nuevos datos, es necesario describir cómo mide e informa el gobierno brasileño sobre la deforestación de la Amazonia.

Hasta 2005, el único método era el Proyecto de Estimación de Deforestación de la Amazonia (PRODES, en portugués), un análisis anual de unas 200 imágenes de máxima resolución tomadas de la región amazónica por el satélite Landsat de la administración espacial norteamericana, complementadas por otras imágenes de satélite cuando hay problemas de nubosidad. Al comparar la cobertura de vegetación dentro de cada imagen con la del año previo, es posible conseguir un cálculo muy exacto de la deforestación que ha tenido lugar en esos 12 meses.

El problema con este sistema es que cuando se ha completado el complejo análisis de la deforestación de cada año, el daño ya se ha hecho. Sirve sólo como un registro histórico y es de poca ayuda para que las autoridades persigan a los taladores ilegales. Así que en 2005 se introdujo un nuevo sistema como parte del plan de acción contra la deforestación de la Amazonia del gobierno Lula. La Detección de la Deforestación en Tiempo Real (DETER) se diseñó para completar más que reemplazar el PRODES. Como su nombre indica, la idea es obtener datos rápidamente, usando satélites diferentes que generan imágenes mucho más frecuentes, aunque con una resolución más baja. El análisis del sistema DETER está disponible cada dos semanas, y teniendo en cuenta la inmensidad de la Amazonia, la teoría es que proporcionará la valiosa información





sobre nuevas áreas de deforestación y orientará sobre dónde concentrar los esfuerzos de las autoridades.

Es este segundo sistema rápido de observación el que creó tal alarma en enero. En un movimiento muy anormal, el INPE convocó una conferencia de prensa para anunciar que en los últimos cinco meses de 2007, DETER había registrado una deforestación que sumaba 3.235 kilómetros cuadrados (el tamaño de Rhode Island). Debido al bajo nivel de resolución, este sistema subestima el verdadero alcance de la deforestación en un 40-60 por ciento, y el mismo organismo dio una cifra de 7.000 kilómetros cuadrados como la pérdida probable de selva tropical entre agosto y diciembre de 2007. Como quedan otros siete meses, es fácil ver por qué hay un fundado temor a que la última cifra anual de 11.000 kilómetros cuadrados será superada este año.

Otro factor añade preocupación a estas observaciones. Normalmente la época de lluvias torrenciales de la Amazonia reduce la deforestación a la mitad en los meses de noviembre y diciembre. Sin embargo, estos dos meses explican el 60 por ciento de la destrucción registrada por los satélites, con los ganaderos y las empresas madereras aprovechando una sequía prolongada. Ello llevó que a tanto el INPE como el Ministerio de Medio Ambiente brasileño describieran las conclusiones como sin precedentes, y añadieron que la deforestación había cobrado un nuevo impulso.

El anuncio no era inesperado. Un número inusualmente alto de incendios forestales se registró en la Amazonia durante los últimos meses de 2007, y los científicos del INPE ya lo habían avanzado. Aún así, el anuncio de las nuevas cifras se recibió con una mezcla de alarma y negación en los círculos políticos y periodísticos de Brasil. La carismática y respetada Ministra de Medio Ambiente, Marina Silva, que dimitió poco después para protestar contra la política anti ecológica de Lula, mostró la gravedad con la que se tomaba las cifras asistiendo a la conferencia de prensa en la que se anunciaron los datos. Dejó claro que pensaba que había una relación íntima entre el aumento de la deforestación y los altos precios de los productos agrícolas y los biocombustibles, especialmente la soja y la carne de res. Pocas horas después, su colega Reinhold Stephanes, Ministro de Agricultura, negó tal relación, dando inicio a un periodo de desacuerdo abierto dentro del gobierno sobre la trascendencia y la exactitud de los datos del INPE.

Las negaciones más violentas vinieron, lo que no es sorprendente, del gobernador Blairo Maggi de Mato Grosso, el estado donde se produjo más de la mitad de la deforestación según los datos de DETER. Maggi también es uno de los mayores productores mundiales de soja (y ganador del premio de Greenpeace de 2005 «Motosierra dorada», por ser el brasileño que más contribuyó a la destrucción de la Amazonia) y un aliado político clave del presidente Lula, cuya deriva antiecológica cada vez es más notoria. Su reacción ante el anuncio de las cifras fue dar una entrevista exigiendo saber quién estaba detrás de las «mentiras» de los científicos del INPE.

Maggi también habló con el presidente Lula para explicarle sus dudas sobre las cifras, y ese escepticismo parece que dio resultados. En los comentarios poco días después del anuncio, Lula dijo que pensaba que la reacción había sido exagerada, y atacó a aquellos que se habían precipitado en condenar el *agro-business* por destruir la Amazonia, diciendo enigmáticamente que «Es como si usted va al médico con un pequeño tumor, y en lugar de hacerse una biopsia para tratarlo, sale diciendo que tiene cáncer».

Lula también dijo que en lugar de criticar a Brasil por permitir la deforestación en la Amazonia, las ONG deben «Irse primero y plantar árboles en su propio país», un comentario que molestó a los grupos brasileños que habían expresado su alarma ante las cifras.

## Carne ¿y biocombustibles?

La dinámica de la deforestación en la Amazonia es compleja, y no hay una sola respuesta fácil respecto a qué ha causado este aumento, o si la batalla está ganada o perdida. Como la misma Marina Silva observó después de una visita a Mato Grosso tras los datos de enero, el proceso tiende a seguir un modelo distinto: primero una área de selva tropical se tala para extraer su madera valiosa, luego se quema y se crean pastos para el ganado vacuno, y cuando el suelo queda exhausto, se plantan cultivos como la soja.

Lo que es indudablemente cierto, sin embargo, es que el número de cabezas de ganado vacuno en la Amazonia ha aumentado dramáticamente en los últimos años. Sólo pocos días antes de que se anunciaran las nuevas cifras de la deforestación, la oficina brasileña de Amigos de la Tierra publicó un informe sobre este crecimiento, *Ganado vacuno: una nueva fase de la colonización ganadera de la Amazonia*. El informe reveló que el número de cabezas en la Amazonia llegó a 74 millones en 2007, tres veces más que el número de personas. En el estado de Mato Grosso esta proporción es de más de







© Ricardo Beliel/BrazilPhotos.com

nueve a uno. El número de cabezas de ganado vacuno en la Amazonia creció un 46 % en apenas tres años y la región explica prácticamente todo el aumento del número de vacas en Brasil entre 2003 y 2006. Roberto Smeraldi, de Amigos de la Tierra, ve una relación clara entre el aumento de la producción de carne de res y la deforestación.

Una cuestión importante es saber si el auge de los biocombustibles contribuye a la deforestación de la Amazonia. El estribillo constante de la potente industria de la caña de azúcar en Brasil, y del gobierno, es un no rotundo. Apuntan al hecho de que la expansión en curso y la prevista de las plantaciones de caña de azúcar para cubrir la demanda creciente de etanol se concentra en São Paulo y otros estados del sur y del centro del país, lejos de la Amazonia, donde la precipitación es muy elevada para las necesidades del cultivo de la caña.

Es verdad que hay pocas plantaciones de caña de azúcar en la Amazonia, pero hay una estrecha relación indirecta entre la expansión de los biocombustibles y la deforestación. Es el

caso de vastas áreas, como la parte occidental del estado de São Paulo, donde los pastos para el ganado vacuno han sido sustituidos por cultivos de caña de azúcar para fabricar etanol. Y la pregunta surge, ¿adónde se han llevado a pastar el ganado vacuno?

La respuesta del poderoso lobby de los biocombustibles es que las mejoras en la productividad permiten concentrar más ganado vacuno en áreas más pequeñas, y que hay más que suficientes praderas degradadas para acomodar el crecimiento de la producción de etanol. Sin embargo, hay numerosos informes en la prensa de ganaderos que deciden cambiar de lugar sus manadas hacia la Amazonia donde las tierras de pastizales son baratas, y aunque las pruebas de este “efecto de desplazamiento” no son todavía generalizadas, lo serán si sigue aumentando la producción de etanol en otras regiones brasileñas.

Cualesquiera que sean las causas directas o indirectas de la más reciente deforestación, la pregunta es si la “luz de color





ámbar”, que es como la ministra Marina Silva definió las cifras de agosto-diciembre de 2007, ha provocado una reacción lo suficientemente enérgica de las autoridades brasileñas como para prevenir un aumento de la deforestación, que es la tendencia a largo plazo. La dimisión de la ministra da una clara indicación.

Los riesgos son muy altos. Cuando Brasil quiere aumentar su influencia en el escenario mundial, como una economía emergente fundamental y es el candidato predilecto para un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, la continúa destrucción de la Amazonia es algo más que sólo una vergüenza inoportuna. Cada vez más se ve como una amenaza para el clima del mundo y por lo tanto también para su seguridad a largo plazo.

El gobierno brasileño argumenta que debido a que los beneficios de la selva tropical son compartidos por toda la humanidad, es razonable esperar que el mundo rico comparta los gastos de proteger la Amazonia, especialmente desde que el mundo industrializado no tuvo ningún remordimiento en

destruir sus propios ecosistemas en aras del desarrollo. El presidente Lula, en un discurso ante el G8 y los países en desarrollo más importantes, lo expresó así: “Los países que son los mayores contaminadores del mundo deben pagar su acción para que los países pobres puedan hacer en el siglo XXI lo que los países ricos no tuvieron el valor de hacer en el siglo XIX, incluso a pesar de que no tenían los conocimientos: preservar la naturaleza al máximo”.

Específicamente, Lula defiende la creación de un fondo voluntario en el marco del Convenio de Cambio Climático de la ONU que atraería importantes inversiones de los países más ricos a la causa de la protección del bosque en los trópicos. Está entre algunas de las alternativas que serán abordadas en las conversaciones sobre el Protocolo que sucederá a Kioto, que debería estar concluido a finales de 2009, con el fin de hacer económicamente atractivo que los países frenen la deforestación.

Por esta razón los brasileños no quieren que el descenso de la tasa de deforestación de la Amazonia, que se venía pro-



Mark Edwards/Peter Arnold, Inc.

**GANADO VACUNO:** pacer en lo que era hasta hace poco selva tropical en las inmediaciones de Río Branco, Acre, Brasil.

duciendo desde 2004, se vea de nuevo truncado. Para evitar el aumento de la deforestación, se han adoptado algunas medidas draconianas, con el objetivo de tratar de evitar que el repunte se consolide.

Entre las primeras respuestas está un decreto presidencial que afecta a la administración de 36 municipios que representan más de la mitad de la deforestación total en los tres últimos años, y que forman parte del llamado “arco de la deforestación”, la frontera agrícola que se extiende principalmente a lo largo de los márgenes sur y este de la selva tropical. En estas áreas se han impuesto medidas especiales, entre las que se incluyen la prohibición de conceder licencias para talar el bosque y un requisito que obliga a todos los terratenientes a registrar de nuevo su propiedad usando documentos originales con las referencias geográficas correctas. Esta última medida, descrita por la ex ministra Silva como una

“radiografía de la región”, se ve como un paso esencial porque la mayor parte de la deforestación de la Amazonia la acometen terratenientes con títulos de propiedad falsos, un proceso que tiene una palabra especial en portugués, *grilagem*.

Se está elaborando también una lista negra de los peores destructores del bosque tropical y se ha solicitado a los bancos que no concedan créditos a ningún terrateniente que haya violado las leyes ambientales en la región. Las autoridades federales también emprendieron una acción contundente, llamada en clave “Arco de fuego”, en un intento de persuadir a los taladores ilegales y a otros que destruyen el bosque que ya no pueden actuar con impunidad.

## Beneficio versus necesidad

Si una prueba de la seriedad de estas medidas es la extensión de las protestas y la controversia, entonces las señales son positivas. Las tropas federales tuvieron que enviarse a la ciudad de Tailandia en el estado de Pará en febrero, cuando las

empresas madereras movilizaron a la población para bloquear la autopista en protesta por la confiscación de 15.000 metros cúbicos de madera ilegal.

Aún es demasiado pronto para juzgar si la acción emprendida por el gobierno Lula en la Amazonia será suficiente para hacer lo que reclama como posible: reducir la deforestación para que no supere la cifra anual del año pasado (a agosto) de 11.000 kilómetros cuadrados, a pesar del aumento preocupante en los meses finales del año pasado.

La opinión pesimista es que éstas son las típicas medidas paliativas que ya hemos visto antes, como las aprobadas tras el asesinato en 2005 de la monja estadounidense Dorothy Stang. Stang fue asesinada por los grandes terratenientes a los que perjudicaba su trabajo para ayudar a las comunidades locales a vivir del bosque de forma sostenible. Una extensa región de Pará donde impera la ley de los terratenientes fue inundada de soldados y durante un tiempo la presencia del estado contrató la deforestación. Pero hoy Pará de nuevo está a la cabeza de la destrucción de la Amazonia. Según los escépticos, no se han abordado las causas estructurales de la deforestación, como la presión de la gran agroindustria y los proyectos de infraestructuras del gobierno (por ej. embalses y carreteras) que impulsan la especulación y las actividades ilegales en la Amazonia. Sin tal acción, los escépticos dicen que las cifras de deforestación anuales empezarán a aumentar otra vez y la Amazonia continuará su declive irreversible.

La opinión optimista es que ésta es una batalla que Brasil no puede permitirse perder y por tanto no lo hará. Erradicará a los villanos, los privará de créditos, y recompensará a aquellos que actúan de forma responsable en la región. La combinación de una red de áreas protegidas y tierras indígenas, y un nuevo sistema imaginativo de concesiones de bosques públicos a sociedades privadas bajo planes de gestión sostenibles, permitirá que los enfoques sostenibles del desarrollo de la Amazonia que valoran más al bosque intacto contrarresten las fuerzas que impulsan la destrucción del bosque.

En el vasto y complejo mosaico de la Amazonia brasileña, hay evidencias de ambos enfoques. ¿Cuál de ellos se impondrá? Dependerá no sólo de las acciones de las autoridades brasileñas sino también de las decisiones de gobiernos, empresas privadas y consumidores de todo el mundo. La “luz de color ámbar” de finales de 2007 podría ser sólo el catalizador necesario para iniciar una política pública efectiva en la región. O puede que sea una prueba de que la reducción de la deforestación de los años previos fue sólo una respuesta temporal a las condiciones de los mercados entonces, y en un periodo de precios altos de los alimentos se relanza la destrucción. Una cosa es segura: estamos en una etapa crucial para la Amazonia, y al resultado nos afecta a todos.

Tim Hirsch es escritor y periodista especializado en cuestiones ambientales en Brasil.